



Nuestra responsabilidad ante la advertencia de Dios

—◆—
Ezequiel 3:18-21 y 33:8-9

—◆—
Pr. Paul Rech —◆—

NUESTRA RESPONSABILIDAD ANTE LA ADVERTENCIA DE DIOS

Ezequiel 3:18–21

“Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablores para advertir al impío de su mal camino, a fin de salvar su vida, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano. Pero si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su maldad, pero tú habrás librado tu alma. Si el justo se apartare de su justicia e hiciere maldad, y pusiere yo tropiezo delante de él, él morirá; porque tú no le amonestaste, en su pecado morirá, y sus justicias que había hecho no serán tenidas en cuenta; pero su sangre demandaré de tu mano. Pero si al justo amonestares para que no peque, y no pecare, de cierto vivirá, porque fue amonestado; y tú habrás librado tu alma.”

Ezequiel 33:8–9

“Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablores para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se apartare de su camino, él morirá por su pecado, pero tú libraste tu vida.”

Hay verdades bíblicas que aparecen una sola vez y ya serían suficientes para exigir nuestra atención. Sin embargo, existen verdades que Dios decide repetir, como si quisiera impedir que el lector pasara por ellas apresuradamente. Eso es exactamente lo que encontramos en el libro del profeta Ezequiel. Al comienzo de su ministerio, en Ezequiel 3:18–21, Dios presenta al profeta una responsabilidad solemne: debía advertir tanto al impío como a aquel que, habiendo vivido correctamente, comenzara a apartarse del camino de Dios. Muchos capítulos después, en Ezequiel 33:8–9, la misma responsabilidad es reafirmada mediante la figura del atalaya.

Esta repetición no es accidental. Revela la seriedad con la que Dios considera la responsabilidad de quien recibió un mensaje y fue encargado de transmitirlo.

El tema no se limita a la función profética de Ezequiel. Aunque debemos respetar el contexto específico de su llamado y no aplicar mecánicamente todas las condiciones del ministerio profético del Antiguo Testamento a la Iglesia, permanece un principio espiritual profundamente relevante: quien conoce la verdad de Dios no recibió esa verdad únicamente para su propio beneficio. El conocimiento produce responsabilidad. El privilegio genera misión. Quien ha sido alcanzado por la luz es llamado a no esconderla.

Y es en este punto donde Ezequiel se encuentra con las palabras del apóstol Pedro:

“Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios...” 1 Pedro 2:9

Pero Pedro no termina hablando solamente de lo que somos. Explica por qué Dios nos llamó:

“...para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.”

Este texto reúne dos grandes verdades: **privilegio y responsabilidad.**

Somos un pueblo llamado por Dios, pero también somos un pueblo enviado por Dios. Hemos recibido la luz, pero ahora debemos anunciarla. Conocemos la verdad, pero ahora debemos dar testimonio de ella. Hemos experimentado la gracia, pero ahora tenemos la responsabilidad de señalar a otros hacia Aquel que nos concedió esa gracia.

La Figura del Atalaya

Para comprender Ezequiel 3 y 33, necesitamos entender la figura del atalaya.

En las ciudades antiguas, especialmente en las ciudades fortificadas, había hombres apostados sobre los muros o en torres de vigilancia. Su función era observar a la distancia. Mientras los habitantes de la ciudad trabajaban, descansaban, comerciaban y realizaban sus actividades cotidianas, el atalaya debía permanecer vigilante.

Si un ejército enemigo se acercaba, no podía simplemente observar en silencio.

Su función era tocar la trompeta.

No era responsable de derrotar solo al ejército enemigo. No era responsable de construir las murallas en aquel momento. No era responsable de la decisión que cada ciudadano tomaría después de escuchar la advertencia.

Su responsabilidad era **ver el peligro y advertir al pueblo**.

Esta es la imagen que Dios utiliza al hablar con Ezequiel.

En Ezequiel 33:7, Dios declara que había establecido al profeta como atalaya para la casa de Israel. Luego añade que, al escuchar una palabra de la boca de Dios, Ezequiel debía transmitirla al pueblo.

Observe el orden.

Primero, **escuchar a Dios**.

Después, **advertir al pueblo**.

El verdadero mensajero no inventa el mensaje. No crea una advertencia basada en sus preferencias personales. No anuncia sus propias opiniones como si fueran revelación divina. Su primera responsabilidad es escuchar correctamente lo que Dios ha dicho.

Solamente después viene la responsabilidad de comunicarlo.

Este orden continúa siendo indispensable para la Iglesia. Antes de hablar en nombre de Dios, necesitamos conocer la Palabra de Dios. Antes de advertir a alguien, necesitamos comprobar si lo que afirmamos realmente corresponde a las Escrituras.

Es muy fácil sustituir la Palabra de Dios por tradiciones, preferencias culturales, opiniones políticas, costumbres denominacionales o convicciones personales.

El atalaya de Dios no anuncia sus propios pensamientos.

Transmite lo que ha recibido.

Por eso Pablo aconsejó a Timoteo: “***Predica la palabra...***” 2 Timoteo 4:2

No nuestras opiniones. No nuestros prejuicios. No nuestras preferencias.

La Palabra de Dios.

Cuando Dios Dice: “Si No Adviertes”

Ezequiel 3 presenta una de las declaraciones más solemnes de la Biblia acerca de la responsabilidad espiritual.

Dios explica al profeta que, si el impío estuviera caminando hacia la muerte y Ezequiel no lo advirtiera, aquel hombre sufriría las consecuencias de su pecado, pero Dios pediría cuentas al profeta por su silencio.

Por otro lado, si Ezequiel advertía al pecador y este rechazaba la advertencia, el profeta habría cumplido su responsabilidad.

Esto establece una distinción fundamental.

Somos responsables de anunciar. No somos responsables de controlar la respuesta.

Esta verdad debe producir al mismo tiempo temor reverente y alivio.

Temor, porque el silencio frente a la verdad puede convertirse en una forma de negligencia.

Alivio, porque ninguna persona puede producir arrepentimiento en el corazón de otra.

Podemos enseñar.

Podemos advertir.

Podemos aconsejar.

Podemos dar testimonio.

Podemos orar.

Podemos presentar a Cristo.

Pero no podemos obligar a nadie a creer.

No podemos convertir a una persona mediante nuestra propia capacidad.

La transformación del corazón pertenece a Dios.

Pablo comprendió esta distinción cuando escribió a los corintios:

“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios.” 1 Corintios 3:6

Nuestra responsabilidad es la fidelidad.

El resultado final pertenece al Señor.

El Peligro de Permanecer en Silencio

Hay varias razones por las cuales personas que conocen la verdad permanecen en silencio.

Algunas tienen miedo del rechazo.

Otras temen ser consideradas intolerantes.

Algunas evitan conversaciones difíciles porque no quieren perder amistades.

Otras piensan: “Cada persona debe ocuparse de su propia vida.”

Hay también quienes dicen: “No quiero juzgar a nadie.”

Ciertamente existe una forma equivocada de acercarse a las personas. La Biblia no autoriza arrogancia, humillación, agresividad ni condenación hipócrita. Jesús fue claro al denunciar a quienes veían la paja en el ojo ajeno mientras ignoraban la viga en el propio.

Pero existe una gran diferencia entre juzgar a alguien con arrogancia y advertir a alguien con amor.

Si alguien está caminando hacia un precipicio, advertirle no es falta de amor.

Falta de amor sería observar en silencio.

Si una casa estuviera en llamas y supiéramos que una familia duerme dentro, nadie consideraría agresivo golpear la puerta y gritar: “¡Fuego! ¡Salgan de la casa!”

La urgencia de la advertencia estaría directamente relacionada con la gravedad del peligro.

Es exactamente esta conciencia la que aparece en el ministerio de Ezequiel.

El profeta no fue llamado para molestar a las personas.

Fue llamado para advertirles porque sus decisiones tenían consecuencias reales.

El mismo principio aparece repetidamente en las Escrituras.

Pablo declaró en Hechos 20:26–27 que estaba limpio de la sangre de aquellos a quienes había ministrado porque no había dejado de anunciar todo el consejo de Dios.

Él no dijo:

“Todos aceptaron mi mensaje.”

No lo hicieron.

No dijo:

“Todos estuvieron de acuerdo conmigo.”

No lo estuvieron.

En esencia, dijo:

“No escondí la verdad.”

Esta debe ser también nuestra preocupación.

Cuando estemos delante de Dios, no seremos evaluados por el número de personas que logramos convencer, pero ciertamente importa si fuimos fieles a aquello que recibimos.

La Advertencia al Impío

Ezequiel 3 comienza tratando con aquel que vive en rebelión contra Dios.

El mensaje es claro: el pecador necesita ser advertido acerca de su camino.

Esta verdad atraviesa toda la Biblia.

Juan el Bautista comenzó su predicación llamando al pueblo al arrepentimiento.

Jesús comenzó su ministerio público proclamando:

“Arrepentíos, y creed en el evangelio.” Marcos 1:15

Pedro, el día de Pentecostés, llamó a sus oyentes al arrepentimiento.

Pablo afirmó que Dios llama a las personas al arrepentimiento.

El mensaje cristiano nunca ha sido simplemente:

“Dios te ama, por lo tanto continúa viviendo como quieras.”

El mensaje bíblico es más profundo.

Dios ama.

Dios llama.

Dios perdona.

Dios restaura.

Pero Dios también llama al pecador al arrepentimiento y a una vida nueva.

El amor de Dios no elimina Su santidad.

La gracia de Dios no convierte el pecado en algo insignificante.

De hecho, la cruz de Cristo demuestra simultáneamente la gravedad del pecado y la grandeza de la gracia.

Fue necesario un precio inconmensurable para nuestra redención.

Por eso Pablo escribió:

“¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!” 1 Corintios 9:16

Él había comprendido que el Evangelio era un mensaje demasiado bueno y demasiado urgente como para ser guardado.

Romanos 10 desarrolla la misma verdad cuando pregunta cómo creerán las personas en Aquel de quien no han oído y cómo oirán si no hay quien predique.

Dios podría haber elegido anunciar el Evangelio mediante ángeles.

Podría escribir Su mensaje diariamente en los cielos.

Podría manifestar Su voluntad de innumerables maneras.

Pero decidió confiar el mensaje del Evangelio a personas transformadas por el propio Evangelio.

Eso es un enorme privilegio.

Y también una enorme responsabilidad.

La Advertencia al Justo

Hay un detalle en Ezequiel 3 que no debe ser ignorado.

Dios no habla solamente del impío.

También habla de aquel que estaba viviendo correctamente, pero comenzó a apartarse.

Esto nos recuerda que la responsabilidad espiritual no termina cuando alguien hace una profesión de fe.

Necesitamos evangelización, pero también necesitamos discipulado.

Necesitamos alcanzar a los perdidos, pero igualmente debemos cuidar de quienes forman parte de la comunidad de la fe.

Hebreos 3:13 dice que debemos exhortarnos unos a otros cada día para que ninguno sea endurecido por el engaño del pecado.

Observe la expresión: **“unos a otros.”**

Esto significa que la vida cristiana nunca fue diseñada para ser vivida en completo aislamiento.

Nos necesitamos unos a otros.

Hay momentos en los que yo puedo percibir algo en su vida que usted no consigue percibir en sí mismo.

Y habrá momentos en los que usted verá algo en mi vida que yo no consigo ver en la mía.

El pecado posee una característica peligrosa: es engañoso.

No creo que nadie se levante por la mañana diciendo:

“Hoy voy a destruir mi vida.”

La destrucción normalmente ocurre de manera gradual.

Una pequeña concesión.

Después otra.

Una justificación.

Después otra.

Una oración que deja de hacerse.

Una Biblia que permanece cerrada.

Una ausencia en el culto.

Después otra.

Una amistad equivocada.

Una decisión financiera irresponsable.

Una tentación escondida.

Un resentimiento alimentado.

Una actitud que antes molestaba a la conciencia poco a poco comienza a parecer normal.

Cuando nos damos cuenta, podemos estar muy lejos del lugar donde comenzamos.

Por eso Dios ha colocado personas a nuestro alrededor.

Pastores.

Líderes.

Hermanos.

Mentores.

Familia espiritual.

Comunidad cristiana.

Personas que puedan decir con amor:

“Cuidado. Estás caminando en una dirección peligrosa.”

Santiago 5:19–20 habla de aquel que ayuda a alguien a regresar después de haberse apartado de la verdad. Hay algo precioso en este ministerio de restauración.

No se trata de condenar al hermano.

Se trata de ayudarlo a regresar.

Pablo enseña en Gálatas 6:1 que, si alguien fuere sorprendido en alguna falta, quienes son espirituales deben restaurarlo con espíritu de mansedumbre.

La palabra importante es:

restaurar.

La advertencia bíblica no tiene como objetivo destruir.

Tiene como objetivo restaurar.

1 Pedro 2:9 El Privilegio que Produce Responsabilidad

Quizás una de las mayores tragedias de la vida cristiana sea desear los privilegios del pueblo de Dios sin aceptar sus responsabilidades.

Nos gusta escuchar:

“Linaje escogido.”

Nos gusta escuchar:

“Real sacerdocio.”

Nos gusta escuchar:

“Nación santa.”

Nos gusta escuchar:

“Pueblo adquirido por Dios.”

Pero necesitamos continuar leyendo.

Pedro explica que recibimos esta identidad para **anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a Su luz admirable.**

Fuimos llamados para anunciar.

Salvados para testificar.

Iluminados para iluminar.

Bendecidos para bendecir.

No fuimos sacados de las tinieblas solamente para admirar la luz.

Fuimos llamados para señalarla a otros.

Jesús utilizó la misma lógica en Mateo 5:14–16 cuando llamó a Sus discípulos la luz del mundo.

Una lámpara escondida pierde su función.

Continúa siendo una lámpara, pero no cumple su propósito.

De la misma manera, una Iglesia que conoce el Evangelio, pero no lo anuncia, conserva el mensaje mientras abandona una parte esencial de su misión.

El Evangelio no fue entregado a la Iglesia para ser guardado como una pieza de museo.

Fue confiado a la Iglesia para ser proclamado.

El Ejemplo de Noé

Noé vivió en una generación profundamente corrompida.

Según 2 Pedro 2:5, fue un **“pregonero de justicia.”**

Durante el tiempo en que preparaba el arca, su propia vida se convirtió en un mensaje.

Cada pieza de madera colocada en aquella construcción decía:

“Viene un juicio.”

Pero el arca también decía:

“Existe una posibilidad de salvación.”

Esta combinación es esencial.

Advertencia sin esperanza produce desesperación.

Esperanza sin advertencia puede producir falsa seguridad.

El mensaje bíblico presenta ambas cosas.

Existe pecado.

Existe juicio.

Pero también existe gracia.

Existe perdón.

Existe salvación.

Existe una cruz.

Existe un Salvador.

La verdadera advertencia cristiana siempre señala hacia una puerta abierta.

El Ejemplo de Jonás

Jonás recibió un mensaje para Nínive.

Al principio, intentó huir de su responsabilidad.
Es interesante notar que Jonás no desconocía su misión.
Simplemente no quería cumplirla.
Este puede ser uno de los grandes peligros para nosotros.
Muchas veces no necesitamos más conocimiento.
Necesitamos más obediencia.
Sabemos que alguien necesita escuchar una palabra.
Sabemos que deberíamos hacer una llamada.
Sabemos que necesitamos buscar a cierta persona.
Sabemos que un hijo está caminando en una dirección peligrosa.
Sabemos que un amigo necesita ser confrontado con amor.
Sabemos que determinada situación requiere una palabra de sabiduría.
Pero lo dejamos para después.
Jonás descubrió que huir de la misión de Dios no elimina la misión.
Cuando finalmente llegó a Nínive y transmitió la advertencia, ocurrió algo extraordinario.
El pueblo respondió.
Hubo arrepentimiento.
La advertencia que podría haber parecido dura se convirtió en un instrumento de misericordia.
Esta es una verdad importante:
Cuando Dios advierte, Su advertencia puede ser una expresión de Su gracia.
La advertencia demuestra que todavía existe una oportunidad de cambio.
Mientras Dios habla, existe una puerta de arrepentimiento abierta.
Jesús y la Responsabilidad de Advertir
Nadie demostró más amor que Jesús.

Y precisamente porque amó profundamente, Jesús también advirtió claramente.

Habló acerca del arrepentimiento.

Habló acerca del pecado.

Habló acerca de la hipocresía.

Habló acerca del juicio.

Habló acerca de la eternidad.

Al mismo tiempo, recibió a pecadores, tocó a los considerados intocables, perdonó a los culpables, restauró a los quebrantados y lloró sobre Jerusalén.

Esta combinación debe moldear nuestro testimonio.

La verdad sin amor puede convertirse en dureza.

El amor sin verdad puede convertirse en omisión.

Jesús demostró verdad y gracia.

Cuando advertimos a alguien, no lo hacemos porque somos mejores.

Lo hacemos porque nosotros también fuimos alcanzados por la misericordia.

No somos jueces colocados por encima de las personas.

Somos pecadores alcanzados por la gracia señalando a otros pecadores hacia el Salvador.

El Silencio Puede Parecer Más Cómodo

Ser atalaya no siempre es cómodo.

A veces, quien toca la trompeta es acusado de perturbar la tranquilidad.

Imagine una ciudad durmiendo.

Todo parece tranquilo.

De repente, el atalaya toca la trompeta.

Las personas despiertan.

Los niños lloran.

Las puertas se abren.

Los soldados corren.

Alguien podría quejarse:

“¿Por qué estás haciendo tanto ruido?”

La respuesta sería sencilla:

“Porque se acerca un peligro.”

Hay momentos en que la fidelidad produce incomodidad.

Esto no significa que debemos buscar conflictos innecesarios.

La Biblia dice que nuestra palabra debe ser sazónada con gracia. También somos llamados a estar preparados para responder acerca de nuestra esperanza con mansedumbre y respeto.

Pero mansedumbre no significa silencio.

Respeto no significa omisión.

Amor no significa abandonar la verdad.

Necesitamos aprender a decir cosas difíciles de la manera correcta.

Nuestra Responsabilidad Comienza en Casa

Es fácil imaginar nuestra responsabilidad solamente en relación con un mundo distante.

Pero el primer campo misionero de muchas personas está muy cerca.

Nuestra familia.

Nuestros hijos.

Nuestros nietos.

Nuestros amigos.

Nuestra iglesia.

Nuestros compañeros de trabajo.

Nuestros vecinos.

Deuteronomio 6 presenta la responsabilidad de transmitir la Palabra de Dios a las próximas generaciones. Los mandamientos debían ser enseñados dentro del hogar, durante las actividades normales de la vida.

Esto significa que no podemos delegar completamente la formación espiritual de nuestros hijos a la Iglesia.

La Iglesia ayuda.

El pastor enseña.

El maestro bíblico orienta.

El líder de jóvenes coopera.

Pero la responsabilidad espiritual de la familia sigue siendo extremadamente importante.

Los padres necesitan hablar acerca de Dios.

Necesitan enseñar principios.

Necesitan conversar acerca de decisiones.

Necesitan demostrar mediante sus actitudes aquello que profesan con sus labios.

Porque existe una forma de advertencia que ocurre mediante las palabras, pero también existe una advertencia transmitida mediante el ejemplo.

La Credibilidad del Mensajero

Uno de los mayores obstáculos para el testimonio cristiano no es solamente aquello que dejamos de decir.

También es la contradicción entre lo que decimos y la manera en que vivimos.

Si anunciamos santidad, pero vivimos deliberadamente en pecado, nuestro mensaje pierde credibilidad.

Si hablamos acerca del amor, pero tratamos a las personas con desprecio, creamos una contradicción.

Si predicamos honestidad, pero somos deshonestos en los negocios, perjudicamos nuestro testimonio.

Si anunciamos a Cristo públicamente, pero dentro del hogar nuestra conducta niega lo que proclamamos, algo está mal.

Pablo aconsejó a Timoteo que fuera ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, fe y pureza.

El atalaya necesita ver.

Pero también necesita permanecer de pie.

Nuestra vida nunca será perfecta de este lado de la eternidad. Todos dependemos continuamente de la gracia de Dios. Sin embargo, existe una diferencia entre alguien que lucha contra el pecado y alguien que ha hecho las paces con él.

Quien advierte a otros también necesita permitir que Dios examine su propia vida.

No Debemos Sustituir al Espíritu Santo

Existe otro peligro.

Cuando comprendemos nuestra responsabilidad de advertir, podemos sobrepasar los límites de aquello que Dios nos llamó a hacer.

El atalaya toca la trompeta.

No puede obligar a toda la ciudad a reaccionar.

De la misma manera, después de transmitir fielmente la verdad, necesitamos permitir que el Espíritu Santo obre.

Algunas personas intentan producir arrepentimiento mediante presión.

Otras manipulan.

Algunas amenazan.

Otras repiten la misma advertencia de manera tan agresiva que cierran toda posibilidad de diálogo.

Necesitamos recordar:

Convencer de pecado es obra del Espíritu Santo.

Nuestra responsabilidad es presentar la verdad.

Podemos razonar.

Podemos enseñar.

Podemos aconsejar.

Podemos llorar.

Podemos orar.

Pero solamente Dios, el Espíritu Santo, transforma el corazón.

Esto también evita que desarrollemos un falso sentimiento de superioridad.

Nosotros somos mensajeros.

El mensaje pertenece a Dios.

Cuando la Persona No Acepta la Advertencia

Ezequiel 33 deja esto muy claro.

El atalaya transmite el mensaje, pero algunas personas no responden.

Este es uno de los aspectos dolorosos del ministerio.

Los padres lo experimentan.

Los pastores lo experimentan.

Los consejeros lo experimentan.

Los líderes lo experimentan.

Los amigos lo experimentan.

Usted puede amar profundamente a una persona y aun así verla tomar decisiones destructivas.

Puede aconsejar.

Puede presentar evidencias.

Puede mostrar principios bíblicos.

Puede recordarle experiencias anteriores.

Puede orar.

Incluso puede llorar.

Y la persona todavía puede decir:

“Lo haré a mi manera.”

Llega un momento en que debemos comprender que cada persona tiene responsabilidad delante de Dios.

Esto no significa abandonar el amor.

Significa reconocer los límites de nuestra responsabilidad.

Ezequiel debía advertir.

No podía escoger por el otro.

Esta distinción es importante incluso para nuestra salud emocional.

Hay personas cargando una culpa que Dios nunca colocó sobre ellas porque alguien cercano decidió rechazar todos los consejos recibidos.

Necesitamos preguntarnos:

“¿Amé?”

“¿Oré?”

“¿Dije la verdad?”

“¿Intenté ayudar?”

“¿Fui fiel?”

Si hicimos nuestra parte delante de Dios, no podemos asumir la responsabilidad por la decisión final de otra persona.

La Iglesia como Atalaya

La Iglesia también posee una voz profética en el sentido de anunciar fielmente la Palabra de Dios en su generación.

Esto no significa que la Iglesia deba transformarse en un instrumento de agresividad o dominio sobre la sociedad.

Significa que no puede abandonar su mensaje.

Cuando la cultura cambia, la verdad de Dios no necesita ser alterada para acompañar cada cambio cultural.

La Iglesia debe hablar de esperanza.

Pero también de arrepentimiento.

De gracia.

Pero también de santidad.

De perdón.

Pero también de responsabilidad.

Del cielo.

Pero también del juicio.

Del amor.

Pero también de la verdad.

De libertad.

Pero también de obediencia.

Pablo advirtió que llegaría un tiempo cuando las personas buscarían maestros que les dijeran solamente aquello que deseaban escuchar. Por eso su orden a Timoteo fue todavía más urgente:

“Predica la Palabra.”

Una Iglesia que habla solamente aquello que la sociedad desea escuchar ha perdido su función de atalaya.

Pero una Iglesia que solamente condena a la sociedad sin presentar la gracia de Cristo también ha fallado en su misión.

El mensaje completo necesita ser anunciado.

Advertir También Es Amar

Quizás necesitamos recuperar esta comprensión.

Advertir puede ser una forma de amor.

Proverbios enseña que fieles son las heridas del que ama.

Un médico que descubre una enfermedad grave no demuestra compasión ocultando el diagnóstico.

Imagine a un paciente realizándose exámenes y al médico descubriendo una enfermedad tratable, pero diciendo:

“No voy a decir nada porque no quiero preocuparlo.”

Eso no sería amor.

Sería negligencia.

El verdadero amor habla la verdad con sensibilidad porque desea el bien de la persona.

Así es exactamente como debemos comprender la responsabilidad espiritual.

No advertimos para demostrar que tenemos razón.

No advertimos para ganar discusiones.

No advertimos para humillar.

No advertimos para demostrar superioridad.

Advertimos porque las vidas tienen valor.

La Urgencia de la Misión

Jesús dejó una comisión clara a Sus discípulos en Mateo 28:18–20:

Ir.

Hacer discípulos.

Bautizar.

Enseñar.

La Iglesia no recibió autorización para quedarse inmóvil esperando que el mundo venga a ella.

Fue enviada.

Hechos 1:8 también presenta esta dimensión misionera cuando Jesús afirma que Sus discípulos serían Sus testigos.

Un testigo habla acerca de lo que conoce.

No necesitamos saber responder todas las preguntas teológicas para dar testimonio.

Podemos decir:

“Yo estaba perdido y Cristo me encontró.”

“Estaba sin esperanza y encontré esperanza en Él.”

“Vivía bajo culpa y descubrí el perdón.”

“Vivía sin dirección y encontré propósito.”

Nuestro testimonio personal no sustituye las Escrituras, pero puede abrir puertas para presentar las Escrituras.

La mujer samaritana hizo algo parecido en Juan 4.

Después de encontrar a Jesús, regresó a la ciudad y llamó a otras personas para que lo conocieran.

No tenía una formación teológica avanzada.

Tenía una experiencia.

Encontró a Cristo.

Y habló de Él.

Un Día Nuestra Oportunidad Terminará

Existe también una dimensión temporal en la responsabilidad del atalaya.

Debe tocar la trompeta **antes** de que llegue el ejército.

Una advertencia tardía puede no producir ningún beneficio.

Esto nos recuerda que existen oportunidades que no permanecen abiertas para siempre.

Hay conversaciones que necesitan ocurrir.

Hay perdones que necesitan ser pedidos.

Hay personas por las cuales necesitamos orar.

Hay hijos que necesitan escuchar ciertas palabras mientras todavía están cerca.

Hay amigos que necesitan conocer nuestra fe.

Hay oportunidades de testimonio que quizá nunca se repitan.

Santiago nos recuerda que nuestra vida es como una neblina que aparece por un poco de tiempo y luego desaparece.

Por eso no debemos vivir siempre diciendo:

“Algún día hablaré.”

“Después lo buscaré.”

“Más tarde lo invitaré.”

“En la próxima oportunidad.”

Quizás la pregunta correcta sea:

¿Y si esta fuera la única oportunidad?

Antes de Advertir a Otros, Necesitamos Escuchar a Dios

Existe, sin embargo, algo todavía más importante.

Nosotros también necesitamos ser advertidos.

Es muy fácil leer Ezequiel y pensar inmediatamente en las personas que necesitan escuchar algo.

Tal vez Dios quiera hablar primero con nosotros.

¿Existe alguna área de nuestra vida en la que estamos ignorando una advertencia?

¿Algún comportamiento que estamos justificando?

¿Alguna decisión que sabemos que no deberíamos tomar?

¿Algún pecado que estamos escondiendo?

¿Alguna reconciliación que estamos postergando?

¿Alguna responsabilidad que estamos evitando?

¿Alguna persona que Dios ha colocado en nuestro corazón, pero que todavía no hemos buscado?

El atalaya también está bajo la autoridad del Rey.

Antes de anunciar un mensaje, necesita recibirlo.

Por eso David oró en el Salmo 139 pidiendo que Dios examinara su corazón, probara sus pensamientos y le mostrara si había en él algún camino de perversidad.

Quizás esta debería ser nuestra oración constante:

“Señor, antes de usar mi vida para corregir a alguien, corrígeme.”

“Antes de usar mi boca para advertir a alguien, habla a mi corazón.”

“Antes de mostrar el camino a otra persona, mantén mis pies en el camino.”

Nuestra Generación Necesita Atalayas Fieles

Vivimos rodeados de voces.

Redes sociales.

Videos.

Influencers.

Noticias.

Opiniones.

Algoritmos.

Ideologías.

Propagandas.

Todos quieren nuestra atención.

En este ambiente, la voz de la Iglesia no necesita necesariamente ser la más fuerte.

Necesita ser la más fiel.

No fuimos llamados a competir en agresividad.

Fuimos llamados a permanecer firmes en la verdad.

Necesitamos cristianos que conozcan la Palabra.

Padres que enseñen a sus hijos.

Pastores que no tengan miedo de predicar todo el consejo de Dios.

Líderes que sepan advertir con amor.

Amigos que tengan el valor de decir:

“Estoy preocupado por ti.”

Hermanos dispuestos a buscar a aquel que se está apartando.

Creyentes que no escondan su fe en el lugar de trabajo.

Jóvenes que representen a Cristo en sus escuelas y universidades.

Familias que conviertan sus hogares en lugares donde la presencia de Dios sea conocida.

Iglesias que anuncien al mismo tiempo la gravedad del pecado y la grandeza de la gracia.

El Privilegio Es Enorme, Pero la Responsabilidad También

Volvemos finalmente a 1 Pedro 2:9.

“Linaje escogido.”

Privilegio.

“Real sacerdocio.”

Privilegio.

“Nación santa.”

Privilegio.

“Pueblo adquirido por Dios.”

Privilegio.

Pero entonces viene la responsabilidad:

anunciar.

Quizás una de las preguntas más importantes que podemos hacernos sea:

¿Qué estamos haciendo con aquello que Dios nos permitió conocer?

Recibimos la Palabra.

Recibimos el Evangelio.

Conocemos la cruz.

Conocemos la resurrección.

Conocemos la promesa de vida eterna.

Sabemos que existe perdón.

Sabemos que existe esperanza.

Sabemos que Cristo salva.

Sabemos que Él transforma.

Sabemos que existe una eternidad.

¿Y ahora?

¿Guardaremos todo esto solamente para nosotros?

Conclusión: La Trompeta Todavía Necesita Sonar

Ezequiel 3 y Ezequiel 33 atraviesan los siglos trayendo una pregunta incómoda, pero necesaria:

¿Qué estamos haciendo con la verdad que recibimos?

El atalaya no escogió la amenaza.

No creó el peligro.

No escribió el mensaje.

Su responsabilidad era permanecer atento, escuchar la voz de Dios y tocar la trompeta.

Nuestra misión es semejante en principio.

No somos salvadores.

Jesús es el Salvador.

No somos el Espíritu Santo.

Él es quien convence.

No somos dueños de la verdad.

Somos siervos de la verdad revelada por Dios.

Pero somos testigos.

Somos mensajeros.

Somos luz.

Somos sal.

Somos un pueblo llamado de las tinieblas a la luz admirable con una finalidad muy clara:

anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó.

Quizás existan personas en nuestra vida esperando que alguien tenga suficiente valor para hablar.

Quizás exista un hijo que necesita orientación.

Un amigo que necesita una advertencia.

Un hermano apartado que necesita ser buscado.

Una persona desesperada que necesita escuchar acerca de la esperanza.

Un pecador que necesita descubrir que existe perdón.

Un cristiano desanimado que necesita recordar que todavía existe un camino de regreso.

No sabemos cómo responderá cada persona.

Pero sabemos cuál es nuestra responsabilidad.

Y quizás, cuando estemos delante de Dios, una de nuestras mayores alegrías sea descubrir que una palabra dicha con amor, una conversación que casi no tuvimos, una invitación que casi no hicimos o un testimonio que tuvimos miedo de compartir se convirtió en instrumento en las manos de Dios para cambiar una vida.

Que jamás confundamos amor con silencio.

Que jamás confundamos tolerancia con omisión.

Que jamás usemos la verdad como arma para herir.

Pero que tampoco escondamos jamás la verdad cuando puede salvar, restaurar, corregir y conducir a alguien nuevamente al camino.

Dios continúa buscando hombres y mujeres dispuestos a permanecer sobre los muros espirituales de su generación.

Personas que escuchen Su Palabra.

Personas que vivan Su Palabra.

Personas que anuncien Su Palabra.

Personas que tengan el valor de tocar la trompeta.

Porque el privilegio de conocer la verdad es grande.

Pero la responsabilidad de anunciarla también lo es.

“Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.” 1 Pedro 2:9

Que nuestra generación pueda escuchar el mensaje de Dios no solamente a través de nuestros pulpitos, sino también a través de nuestras vidas.

Y cuando Dios coloque delante de nosotros una oportunidad para advertir, orientar, restaurar, testificar o anunciar el Evangelio, que podamos responder:

“Señor, he oído Tu voz. No permaneceré en silencio.”

Pr. Paul Rech